Relatos y estampas fascinantes:

El Quijote para niños

COLECCIÓN
BIBLIOTECA INFANTIL

DIRECCIÓN GENERAL
DE BIBLIOTECAS

GUADALUPE
ORTIZ
MEXICALI, B. C.

BAILESTEROS CARDOZO
(S), DURANGO, DGO.

Relatos y estampas fascinantes:

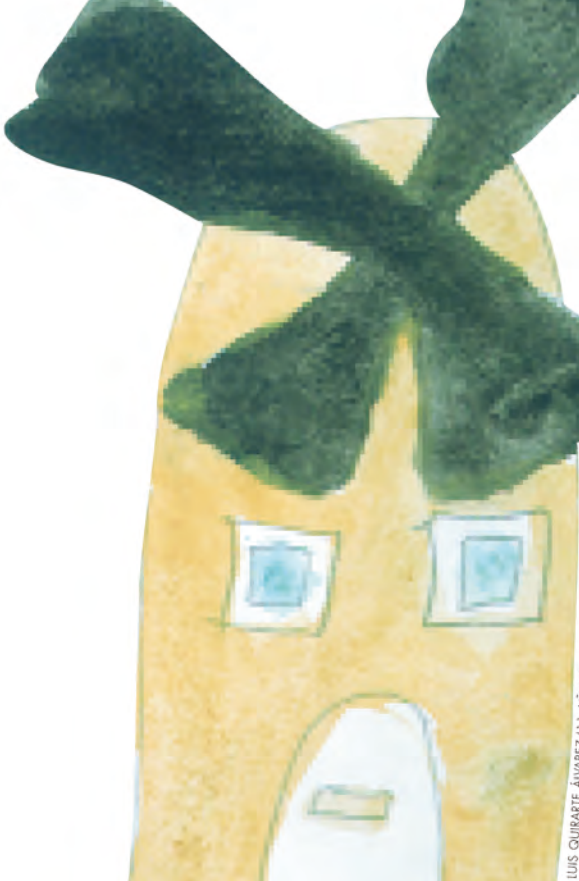
El Quijote para niños

COLECCIÓN BIBLIOTECA INFANTIL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Relatos y estampas fascinantes:

El Quijote para niños

Reimpresión conmemorativa
del cuarto centenario luctuoso de
Miguel de Cervantes Saavedra



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

ANA LAURA VÁZQUEZ ROJAS (12 AÑOS), TEHUIXTLA, MORELOS

Primera edición en Biblioteca Infantil: 2005
Tercera reimpresión: 2016

Producción:
Secretaría de Cultura
Dirección General de Bibliotecas

D.R. © 2016 de la presente edición
Secretaría de Cultura
Dirección General de Bibliotecas
Tolsá 6, Colonia Centro, C.P. 06040, Ciudad de México

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Bibliotecas de la Secretaría de Cultura.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura/ Dirección General de Bibliotecas.

ISBN: 970-35-0750-6

Edición no lucrativa para su distribución en las bibliotecas públicas de la Red Nacional.

Impreso y hecho en México.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Índice

9..... *Presentación*

13..... *El mundo de don Quijote*

25..... *La aventura de los molinos*

41..... *La aventura del barco encantado*

53..... *La aventura de la cabeza encantada*

61..... *Don Quijote, el caballero de los leones*

67..... *Los juicios de Sancho Panza*

77..... *Los dos regidores*

85..... *De la amistad del rucio y Rocinante*

91..... *El retablo de maese Pedro*

95..... *El susto de los cencerros y los gatos*

103..... *Don Quijote cayó malo*

Presentación

Cuando Miguel de Cervantes Saavedra era un niño, el cuarto de siete hermanos que fueron hijos de un médico cirujano, ni él ni nadie de su familia que vivió en Alcalá de Henares, en Valladolid, en Sevilla y en Madrid, imaginaban la cantidad de experiencias gratas e ingratas que habría de vivir al paso de los años.

Luego de haber sido soldado y desde muy joven haber sido herido gravemente en la mano izquierda en una batalla, luego de haber conocido Italia; de haber estado preso cinco años en Argel; de disfrutar de nuevo de su libertad y enamorarse; de haber tenido los más diversos empleos; como cobrador de impuestos, o comisario de abastos en Andalucía, a los 58 años de edad, este hombre que en ese momento vivía en Valladolid con su esposa, su hija, sus dos hermanas y su sobrina, decide publicar la primera parte de su novela *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y diez años después una segunda parte, que fueron muy bien recibidas en su época y alcanzaron fama dentro y fuera de España.

Muchos conocedores de la literatura española han estudiado esta gran obra de Cervantes y han señalado sus cualidades; entre otras, de manera destacada la de recoger la experiencia de los recuerdos de su vida, en una novela que está llena de humor y que hace que sus personajes y sus relatos se muevan entre lo que parece real y lo que parece ficticio; todo alrededor de su personaje principal: un loco; o mejor dicho, un lector que de tanto entretenerse leyendo libros de caballerías quedó confundido, entreverado y quiso dedicarse a vivir como si fuera real todo lo que había leído con tanto gusto.

En el cuarto centenario luctuoso del autor de *El Quijote*, en la Dirección General de Bibliotecas hemos querido ofrecer a los niños de toda la

LEYRE CASTILLEJOS LEAL (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA.

República mexicana una oportunidad para descubrir y disfrutar algo de esas abundantes historias que están dentro de esa novela enorme que mucha gente elogia y pocos disfrutan.

Con ese propósito lanzamos una convocatoria nacional al Concurso de dibujo Infantil "Descubramos las historias del Quijote"; la respuesta fue la recepción de 712 dibujos de 25 entidades distintas, de los cuales participan en este libro los realizados por cerca de un centenar de niños, luego de haber sido seleccionados a partir del grado de creatividad, y de la capacidad de dar forma al fragmento leído o escuchado, en la casa, en la escuela o en la biblioteca pública.

Con esta edición infantil, totalmente ilustrada por niños de diversos estados del país, nos unimos a esta celebración y lo hacemos con la certeza de que, incluso en esta obra que forma parte de los clásicos de la literatura universal, los niños tienen mucho que ver, que escuchar con buen ánimo, porque la inteligencia y el ingenio de quien logró escribir una novela así, bien lo merece. Por eso, coincidimos con el estudioso Martín de Riquer, cuando dice: "Quien no ríe leyendo *El Quijote* es o porque no entiende la novela o porque tiene la desgracia de no poseer la facultad de reír, que es la que distingue al hombre de los animales".

El mundo de Don Quijote

KATIA MAYELA MONTEMAYOR CANTÚ
(11 AÑOS), MONTERREY, NUEVO LEÓN

JAELY NARVAEZ GONZÁLEZ (9 AÑOS), MACUSPANA, TABASCO

En un rincón del pequeño país de La Mancha, que queda en España, vivía un señor flaco, alto y cincuentón. Algunos dicen que se llamaba Quijada. Otros dicen que se llamaba Quesada. Otros dicen que ni de una ni de otra manera. Pero ese detalle no importa demasiado.

Lo que sí importa es saber que este señorón no se preocupaba de casi nada. Ni de su campo ni de su casa ni de su ama de casa ni de su sobrino ni de su amigo el cura.

Lo único que le interesaban, eran sus libros. Grandes y chiquitos, gordos o flaquitos, los libros y sólo los libros ocupaban todos sus días y todas sus noches. Pero sus libros eran muy especiales: eran libros de caballería.

Lo cual quiere decir que en sus páginas vivían las hadas, los magos, algunos sabios, jarabes milagrosos, encantamientos, gigantes, los malos y... los buenos. Los buenos eran, por supuesto y casi siempre, los caballeros andantes. ¡Los caballeros andantes! Esos señores guerreros que iban siempre a caballo por todas partes, metiéndose en líos y más líos.

Esos señores que no asomaban la nariz fuera de casa si no llevaban puesta su complicadísima armadura v su pesado yelmo (que era un casco con visera) y si no llevaban en una mano el escudo y en la otra la lanza.

JONATHAN GUADALUPE PECH
LEÓN (8 AÑOS), CHICXULUB
PUERTO, YUCATÁN

Fragmentos tomados de: *El mundo de Don Quijote*, en "Cuentos de Polidoro", Libros del Rincón, CONAFE/SEP/Salvat, México, 1988.

XOCHITL RUIZ MELGAREJO (9 AÑOS), ÁLVARO OBREGÓN, D.F.

Esos señores que no estaban tranquilos si no tenían cada cual su novia a quien ofrecer hazañas y proezas. Que andaban de torneo en torneo y de duelo en duelo. Esos señores que estaban siempre entre hadas y magos y que llevaban en los bolsillos pomaditas mágicas y filtros de amor.

Y tanto lo embarulló a aquel señor Quesada o Quijada, o como se llamara, el mundo de los libros de caballería, que terminó por soñar despierto. Soñaba con armaduras importadas y con yelmos espantamoscas.

Y veía magia, aventuras y caballeros andantes hasta en la sopa. De esta manera empezó a hacer disparates de lo más divertidos.

JULIO CÉSAR APOLONIO GUERRERO (10 AÑOS), TLALPAN, D.F.

Empezó a creer que él también era un caballero andante como el más andante y más caballero de todos los caballeros andantes.

Empezó a vestirse como un caballero, o mejor, casi como un caballero, porque su armadura y escudo eran de cartón, sus armas eran las de su tatarabuelo, y estaban herrumbradísimas. La dulce dama a quien iba a servir, como si fuese su novia, era una aldeana vecina a quien le dio el nombre de Dulcinea del Toboso. Nombre que sonaba muy bien.

GLADYS ESCOBAR MORENO (7 AÑOS), MEXICALI, B.C.

IVAN ANTONIO JERONIMO JUÁREZ VIDAL (8 AÑOS), M. CONTRERAS, D.F.

Empezó a llamarse él mismo don Quijote de la Mancha (otros lo llamaban después el caballero de la Triste Figura.) Y a su caballo, que era más flaco que un palo de escoba, lo llamó Rocinante. Empezó su iniciación como caballero quedándose toda la noche, con los ojos como medialunas, vigilando sus armas. Y tomó todas estas cosas muy en serio.

—Todo el mundo me necesita —murmuraba mientras cepillaba la cola del recién bautizado Rocinante.

—La incomparable Dulcinea del Toboso me pide que ayude a los pobres, que despanzurre gigantes, que gane torneos...

Y acompañaba cada uno de estos estribillos haciendo pruebitas y piruetas.

Por ejemplo, daba unos lindos golpes de espada a su escudo, para probar si era lo suficientemente fuerte como para pelear con los gigantes. ¡Pero lo único que comprobaba era que su escudo no resistiría ni un estornudo del más miserable enemigo!

—¡También! —seguía murmurando mientras se ataba la armadura a las costillas—. Mi honor, mi valentía, mi lealtad me impulsan a buscar aventuras... Y así, entre tanto armar y desarmar, recitar y murmurar, llegó el día en que pensó que lo único que le faltaba era el escudero.

Fue a casa de un vecino suyo labrador y le dijo: —Amigo Sancho Panza, te vengo a honrar con un ofrecimiento: ¿quieres ser mi escudero?

—¡Por supuesto, su señoría! —contestó Sancho, aunque no había entendido ni jota.

—Será un gran honor para ti —le aseguró don Quijote—. Acompañarás a un importantísimo caballero, que soy yo, y recibirás como premio una isla para que la gobiernes tú sólito.

A Sancho Panza esto último le pareció fantástico. ¿Ser gober-

NELLY AMIRANY NAVARRETE CARO (8 AÑOS), SANTA BARBARA, CHIHUAHUA

MARÍA FERNANDA GUTIÉRREZ AVILÉS (5 AÑOS), LA PAZ, B.C.S

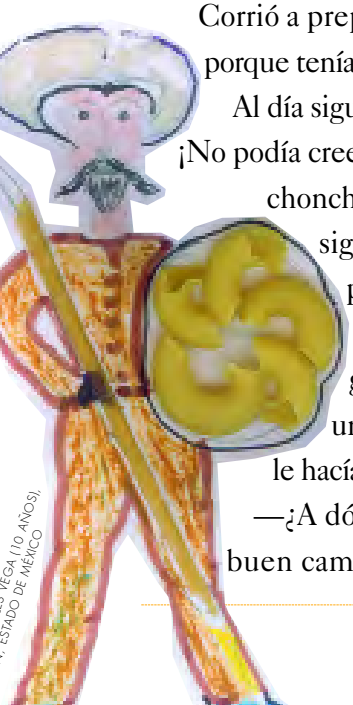
nador y su querida mujer gobernadora? ¡Ni en sueños se le había ocurrido nada tan maravilloso!

Corrió a preparar su burro y a llenar sus alforjas con mucha comida, porque tenía una gran panza que rellenar.

Al día siguiente, al Sol, de la sorpresa, se le cortó su primer bostezo. ¡No podía creer lo que veía! ¡Un señor tan alto y tan flaco y otro tan rechoncho y gordinflón! ¡Un caballo tan flaco y un borrico tan resignado! En una palabra, dos locos de atar, que se alejaban poquito a poquito de la aldea.

¿Adonde vas, don Quijote? —le cantó un pajarito preguntón que ya lo había visto varias veces, pero nunca con unos ropajes tan raros y con aquella lanza tan larga, que casi le hacía perder el equilibrio

—¿A dónde vas, Sancho Panza? —le preguntó una lagartija al buen campesino. Pero ni uno ni otro podían contestar. Sancho,



CARLOS OLIVERT CÓRDOVA MANJARREZ (10 AÑOS), PUENTE DE IXTLA, MORELOS

porque ya estaba pensando en la siesta que se iba a pegar después de comer, y don Quijote porque estaba pensando en su señora Dulcinea, a quien abandonaba para buscar aventuras quién sabía dónde y a qué distancia.

Porque sin aventuras no hay caballero andante. Y sin caballero andante no hay aventuras. ¡Pero las señoras aventuras tardaban en aparecer y ya habían caminado casi todo el día!

—Señor don Quijote —preguntó Sancho, que ya no daba más—, ¿no nos vamos a tomar un descansito?

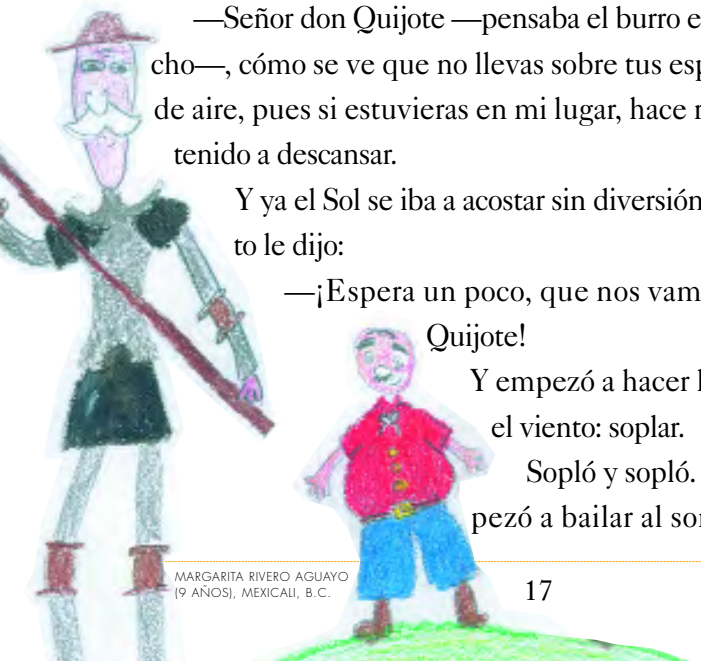
—Señor don Quijote —pensaba el burro en que iba montado Sancho—, cómo se ve que no llevas sobre tus espaldas más que un poco de aire, pues si estuvieras en mi lugar, hace rato que te hubieras detenido a descansar.

Y ya el Sol se iba a acostar sin diversión alguna, cuando el viento le dijo:

—¡Espera un poco, que nos vamos a reír a costa de don Quijote!

Y empezó a hacer lo único que sabe hacer el viento: soplar.

Sopló y sopló. Y no sólo el pastito empezó a bailar al son del viento, sino tam-



MARGARITA RIVERO AGUAYO (9 AÑOS), MEXICALI, B.C.

MARÍA JOSÉ VASQUEZ RUIZ (6 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.

bién las aspas de los molinos de viento que había por allí. ¡Y que eran unos cuantos! —¡Mira, Sancho! —gritó don Quijote regocijado—. ¡Cuarenta gigantes me amenazan agitando los brazos! Y sin pensarlo dos veces, se lanzó al galope, la lanza en ristre, en dirección a los molinos...

Sancho se pegó tal susto, que casi se cae de su burro. Pero en seguida se le pasó el miedo, no porque fuera valiente, sino porque no vio ni un solo gigante a su alrededor.

IMELDA ELVIRA ROMÁN ARRIAGA (9 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO

Sólo vio los molinos de viento. ¡Y la verdad que parecían gigantes!

Pero ya era demasiado tarde para advertir a don Quijote. ¡Porque éste ya se había estrellado contra las furiosas aspas de los molinos!

Y con honor y todo había volado por el aire. Rocinante se dio un porrazo formidable. La lanza quedó rota en un millón de astillas.

MIRANDA RÍOS CABRERA (9 AÑOS), HERMOSILLO, SONORA

Tan duro estaba Sancho sobre su cabalgadura, que le costó bastante bajar de ella y correr a socorrer a su señor como correspondía a un escudero correcto. —¡Ya me parecía —gimoteaba— que no eran gigantes, sino molinos de viento comunes y silvestres, señor don Quijote! ¡Ahora sí que está usted hecho una Triste Figura!

—¡Ay, qué ciego eres, Sancho! —pudo decir entre hipos don Quijote—.

EDUARDO VILLANUEVA ESCOBAR (10 AÑOS), MIGUEL HIDALGO, D.F.

JAZMIN ARELY PORRA SALCIDO (11 AÑOS), MEXICALI, B.C.

¡Eran gigantes, y muy gigantes! ¡Sólo que ese envidioso y entrometido del sabio Frestón los convirtió en molinos para quitarme la gloria de derrotarlos!

—¿El sabio Frestón?

—¡El sabio Frestón, Sancho, el sabio Frestón! ¡Es mi peor enemigo, y por culpa suya estoy ahora sin lanza, sin gigantes prisioneros y con el honor por el aire!

IVONNE PÉREZ MARTÍNEZ (10 AÑOS), MIGUEL HIDALGO, D.F.

RICARDO SALAS PINEDA (8 AÑOS), CUAJIMALPA DE MORELOS, D.F.

Así pues, don Quijote con los huesos molidos y Sáncho con el corazón todo apenado, subieron de nuevo en sus respectivas cabalgaduras y partieron al pasito.

Aquella noche, mientras Sancho dormía y soñaba con la isla que iba a gobernar, don Quijote se hacía una nueva lanza con una rama seca y fuerte al

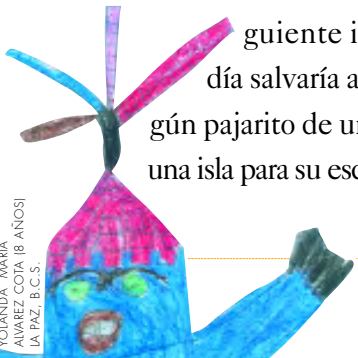
BIANCA VALERIA SUÁREZ GONZÁLEZ (11 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO

MÓNICA LIZETH BARRERA GONZÁLEZ (8 AÑOS), AZCAPOTZALCO, D.F.

mismo tiempo que pensaba en Dulcinea y en la carta que le iba a mandar con su fiel escudero:

"A la hermosa Dulcinea del Toboso, de su valiente y esforzado caballero don Quijote de la Mancha. Aquí estoy, Dulcinea, separado de ti por muchas leguas y por la noche que no quiere terminar nunca. Hoy tuve una lucha con gigantes que fue malograda por el odioso Frestón, de quien seguramente habrás oído hablar y de quien te ruego tengas mucho cuidado porque es una mala persona. Mañana recuperaré lo perdido y seguramente dentro de poquitos días te llegarán deslumbradoras noticias de mí. Adiós, Dulcinea."

Y al fin se durmió pensando que realmente el día siguiente iba a ser portentoso. Tal vez al otro día salvaría a alguna princesa de la muerte, a algún pajarito de un gato, y tal vez conquistaría una isla para su escudero Sancho Panza...



YOLANDA MARÍA ALVAREZ COTA (8 AÑOS) LA PAZ, B.C.S.

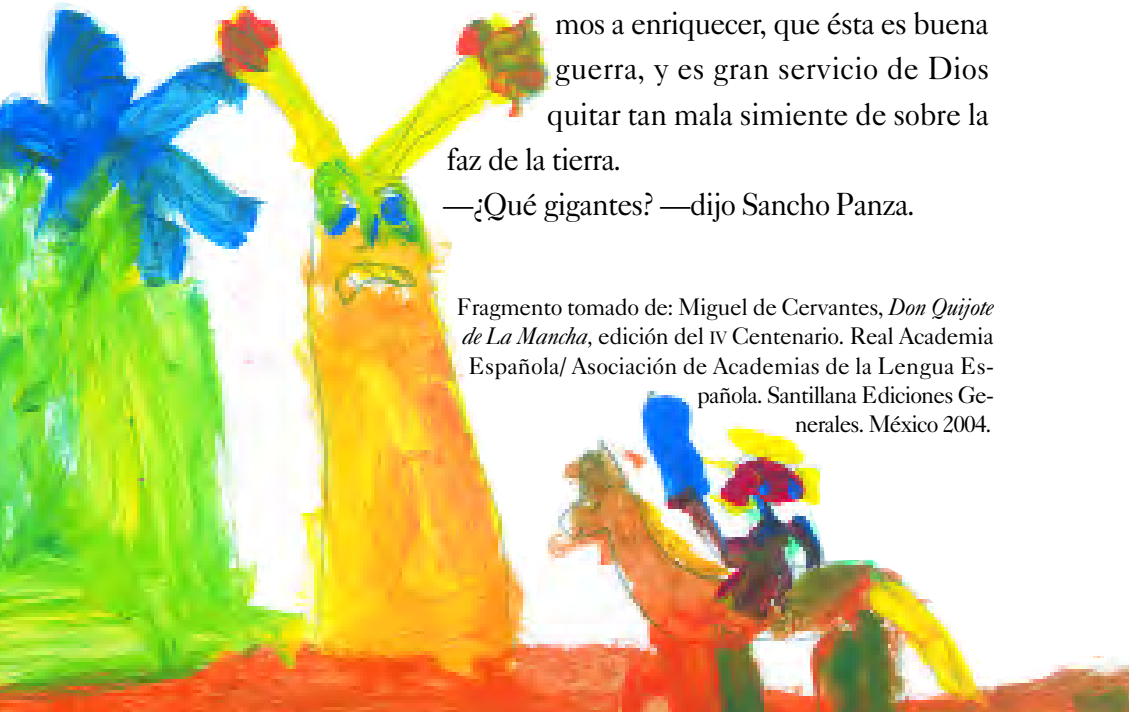
La aventura de los molinos

Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación.

En esto, descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo, y así como don Quijote los vio, dijo a su escudero:

—La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, que ésta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? —dijo Sancho Panza.



Fragmento tomado de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.

JUAN ANTONIO ROSADO GUZMÁN (7 AÑOS), COSAMALOAPAN, VERACRUZ

—Aquellos que allí ves —respondió su amo—, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que, volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

JULISSA SARAHÍ GARCÍA PEÑA (6 AÑOS), SAN BUENAVISTA, COAHUILA

JACOBO ALONSO RAMOS (9 AÑOS), MONTERREY, NUEVO LEÓN

Y, diciendo esto, dio de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas:

—Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

ALEJANDRO CHÍ GONZÁLEZ (10 AÑOS), MÉRIDA, YUCATÁN

ADRIANA CRISTINA RODRÍGUEZ CORONEL (12 AÑOS), CULIACÁN, SINALOA

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo:

—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante y embistió con el primero molino que estaba delante; y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy maltrecho por el campo.

ADRIANA CRISTINA RODRÍGUEZ CORONEL
(12 AÑOS), CULIACÁN, SINALOA

Acudió Sancho Panza a socorrerle, a todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podía menear: tal fue el golpe que dio con él Rocinante.

—¡Válame Dios! —dijo Sancho-. ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho —respondió don Quijote—, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede —respondió Sancho Panza.

Y, ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y, hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de

JORGE ALEJANDRO RAMÍREZ ZAMBRANO (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

MARÍA DE JESÚS OCAÑA PINEDA (6 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero sino que iba muy pesaroso, por haberle faltado la lanza; y diciéndoselo a su escudero, le dijo:

—Yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo o tronco, y con él hizo tales cosas aquel día y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre "Machuca", y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel día en adelante "Vargas y

GIADDIANI SORIANO CHÁVEZ (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

MARÍA JOSÉ GARCÍA PRADO (10 AÑOS), CULIACÁN SINALOA

Machuca". Hete dicho esto porque de la primera encina o roble que se me depare pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir a vellas y a ser testigo de cosas que apenas podrán ser creídas.

—A la mano de Dios —dijo Sancho—. Yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída.

—Así es la verdad —respondió don Quijote—, y si no me quejo del dolor, es porque no es dado a los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella.

LIZBETH CASTILLO MONDRAGÓN (8 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

MARUGENIA RIVERA OLVERA (11 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO

—Si eso es así, no tengo yo que replicar —respondió Sancho—; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del más pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende también con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse.

No se dejó de reír don Quijote de la simplicidad de su escudero; y, así, le declaró que podía muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana o con ella, que hasta entonces no había leído cosa en contrario en la orden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacía menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia, se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y, sacando de las alforjas lo que en ellas había puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de su espacio, y de cuando en cuando empinaba la boca, con tanto gusto, que le pudiera envi-

DIVA YANIRA ERIVES FIERRO (7AÑOS), MATACHI, CHIHUAHUA

diar el más regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenía por ningún trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras, por peligrosas que fuesen.

CRISTIAN JAVIER ESTRELLA BALAM (10 AÑOS), CHUNHUHUBI, Q. ROO

En resolución, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno de ellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podía servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le había quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que, como tenía el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no lo llamara, los rayos del sol, que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo día saludaban. Al levantarse, dio un tiento a la bota, y hallóla algo más flaca que la noche antes, y afligiósele el corazón, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del Puerto Lápice, y a obra de las tres del día le descubrieron.

—Aquí —dijo en viéndole don Quijote— podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte que, aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has

de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero, si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero.

—Por cierto, señor —respondió Sancho—, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y más, que yo de mío me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias. Bien es verdad que en lo que tocare a defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle.

—No digo yo menos —respondió don Quijote—, pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus.

—Digo que así lo haré —respondió Sancho— y que guardaré ese precepto tan bien como el día del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas

ADRIANA CRISTINA RODRÍGUEZ CORONEL (12 AÑOS), CULIACÁN, SINALOA

dos mulas en que venían. Traían sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás de ellos venía un coche, con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban y dos mozos de mulas a pie. Venía en el coche, como después se supo, una señora vizcaína que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba a las Indias con un muy honroso cargo. No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó don Quijote, cuando dijo a su escudero:

—O yo me engaño, o ésta ha de ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto a todo mi poderío.

—Peor será esto que los molinos de viento —dijo Sancho—. Mire, señor, que aquéllos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe.

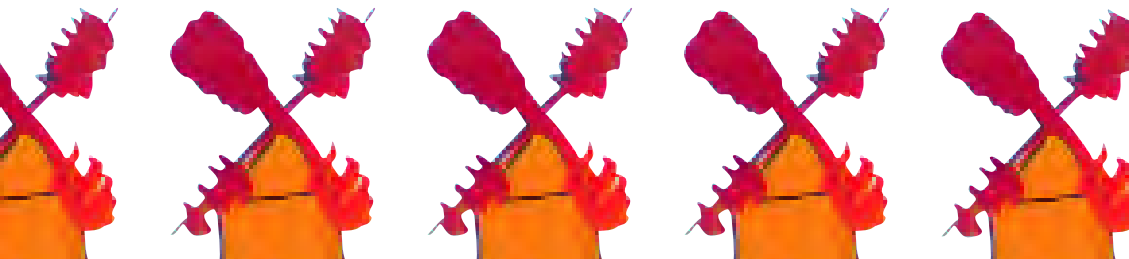
—Ya te he dicho, Sancho —respondió don Quijote—, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás.

Y diciendo esto se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venían, y, en llegando tan cerca que a él le pareció que le podrían oír lo que dijese, en alta voz dijo:

—Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; si no, aparejaos a recibir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras.

Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de don Quijote como de sus razones, a las cuales respondieron:

—Señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen o no ningunas forzadas princesas.



—Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla —dijo don Quijote.

Y sin esperar más respuesta picó a Rocinante y, la lanza baja, arremetió contra el primero fraile, con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun malferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vio del modo que trataban a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó a correr por aquella campaña, más ligero que el mismo viento.

Sancho Panza, que vio en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió a él y le comenzó a quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba a él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quijote había ganado. Los mozos, que no sabían de burlas, ni entendían aquello de despojos ni batallas, viendo que ya don Quijote estaba desviado de allí hablando con las que en el coche venían, arremetieron con Sancho y dieron con él en el suelo, y, sin dejarle pelo en las barbas, le molieron a coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido. Y, sin detenerse un punto, tornó a subir el fraile, todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vio a caballo, picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y, sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose más cruces que si llevaran al diablo a las espaldas.

Don Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole:

—La vuestra fermosura, señora mía, puede facer de su persona lo que más le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo, derribada por este mi fuerte brazo; y por que no penéis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo don Quijote de la Mancha, caballero andante y aventurero, y cautivo de la sin par y hermosa doña Dulcinea del

MA. FERNANDA JUÁREZ SÁNCHEZ (8 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA.

Toboso; y, en pago del beneficio que de mí habéis recibido, no quiero otra cosa sino que volváis al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho.

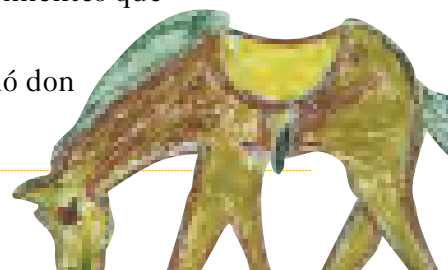
Todo esto que don Quijote decía escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaíno, el cual, viendo que no quería dejar pasar el coche adelante, sino que decía que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fue para don Quijote y, asiéndole de la lanza, le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaína, de esta manera:

—Anda, caballero que mal andes; por el Dios que crióme, que, si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno. Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió:

—Si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaíno:

—¿Yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano. Si lanza arrojas y espada sacas, ¡el agua cuan presto verás que al gato llevas! Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa.

—Ahora lo veredes, dijo Agrajes —respondió don Quijote.



ADRIANA CRISTINA RODRÍGUEZ CORONEL
| 12 AÑOS |, CULIACÁN, SINALOA

Y, arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaíno, con determinación de quitarle la vida. El vizcaíno, que así le vio venir, aunque quisiera apearse de la mula, que, por ser de las malas de alquiler, no había que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada, que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porque decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar a su ama y a toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veía, hizo al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos se puso a mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dio el vizcaíno una gran cuchillada a don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que, a dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dio una gran voz, diciendo:

—¡Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero, que por satisfacer a la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla!

El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fue en un tiempo, llevando determinación de aventurarlo todo a la de un golpe solo.

El vizcaíno, que así le vio venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y, así, le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula a una ni a otra parte, que ya, de puro cansada y no hecha a semejantes niñerías, no podía dar un paso.

Venía, pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaíno con la espada en alto, con determinación de abrirle por medio, y el vizcaíno le aguardaba asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de su-

FRANCISCO JAVIER QUIJADA IMPERIAL (11 AÑOS), MEXICALI, B.C.

ceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos a todas las imágenes y casas de devoción de España, porque Dios librase a su escudero y a ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

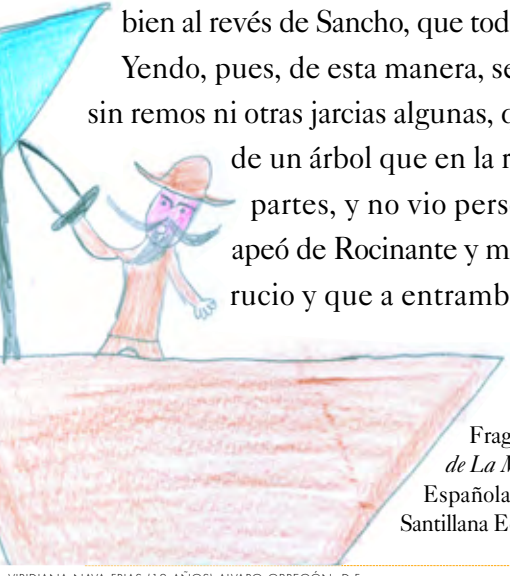
Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito de estas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor de esta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que de este famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin de esta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

La aventura del barco encantado

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro, y el verle fue de gran gusto a don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos. Especialmente fue y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos, que, puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más a las verdaderas que a las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenía por la misma mentira.

Yendo, pues, de esta manera, se le ofreció a la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla a un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote a todas partes, y no vio persona alguna; y luego sin más ni más se apeó de Rocinante y mandó a Sancho que lo mismo hiciese del rucio y que a entrambas bestias las atase muy bien juntas al



Fragmento tomado de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.

VIRIDIANA NAVA FRIAS (12 AÑOS) ALVARO OBREGÓN, D.F

ROLANDO SÁNCHEZ TORRES (12 AÑOS), TLAXCALA, TLAXCALA

tronco de un álamo o sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote:

—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando a que entre en él y vaya en él a dar socorro a algún caballero o a otra necesitada y principal persona que debe de estar puesta en alguna grande cuita. Porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican: cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado de él sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos o tres mil leguas, y aún más, o le arrebatan en una

nube o le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, o por los aires o por la mar, donde quieren y adonde es menester su ayuda. Así que, ¡oh Sancho!, este barco está puesto aquí para el mismo efecto, y esto es tan verdad como es ahora de día; y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios que nos guíe, que dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos.

—Pues así es —respondió Sancho— y vuestra merced quiere dar cada paso en estos que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refrán: "Haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él a la mesa"; pero, con todo esto, por lo que toca al descargo de mi

JUAN CARLOS ESPINA (6 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

conciencia, quiero advertir a vuestra merced que a mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores de este río, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.

Esto decía mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas a la protección y amparo de los encantadores, con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaría a ellos por tan longincuos caminos y regiones tendría cuenta de sustentarlos.

—No entiendo eso de *logicuos* —dijo Sancho—, ni he oído tal vocablo en todos los días de mi vida.

—*Longincuos*—respondió don Quijote— quiere decir 'apartados', y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado a saber latín, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran.

—Ya están atados —replicó Sancho—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—¿Qué? —respondió don Quijote—. Santiguarnos y levar ferro, quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado.

Y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, Y el barco se fue apartando poco a poco de la ribera; y cuando Sancho se vio obra de dos varas dentro del río, comenzó a temblar, temiendo su perdición, pero ninguna cosa le dio más pena que el oír roznar al rucio y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse, y díjole a su señor:

El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. ¡Oh carísimos amigos quedaos en paz y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia!

En esto comenzó a llorar tan amargamente, que don Quijote mohíno y colérico, le dijo

—¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras corazón de mantequillas? ¿Quién te persigue, o quién te acosa, ánimo de ratón casero, o qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando a pie y descalzo por las montañas rifeas, sino sentado en una tabla, corno un archiduque, por el sesgo curso de este agradable río, de

DAMARIS AZAEL NOLASCO ROJAS (10 AÑOS), ALVARO OBREGÓN, D.F.

donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas o ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado: aunque o yo sé poco o ya hemos pasado o pasaremos presto por la línea equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia.

—Y cuando lleguemos a esa leña que vuestra merced dice —preguntó Sancho—, ¿cuánto habremos caminado?

—Mucho —replicó don Quijote—, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fue el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado, llegando a la línea que he dicho.

—Por Dios —dijo Sancho—, que vuestra merced me trae por testigo de lo que dice a una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, o meo, o no sé cómo.

Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole:

—Sabrás, Sancho, que los españoles, y los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinoccial que he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el

MARIANA ZAMORA DÍAZ (10 AÑOS), SALTILLO, COAHUILA

bajel le hallara , si le pesan a oro; y, así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo y si topares cosa viva, saldremos de esta duda, y si no, pasado habemos.

—Yo no creo nada de eso —respondió Sancho—, pero, con todo, haré lo que vuestra merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habernos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alimañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto a tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga.

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, o parte de ellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tornóte a decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró a su amo, y dijo:

—O la experiencia es falsa o no hemos llegado adonde vuestra merced dice, ni con muchas leguas.

Pues ¿qué —preguntó don Quijote—, has topado algo?

—¡Y aun algos! —respondió Sancho.

Y, sacudiéndose los dedos, se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave.

En esto, descubrieronn unas grandes aceñas que en la mitad del río estaban y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo a Sancho:

—¿Ves? Allí, ¡oh amigo!, se descubre la ciudad, castillo o fortaleza donde

debe de estar algún caballero oprimido, o alguna reina, infanta o princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traído.

—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza o castillo dice vuestra merced, señor? —dijo Sancho-. ¿No echa de ver que aquéllas son aceñas que están en el río, donde se muele el trigo?

—Calla, Sancho —dijo don Quijote—, que aunque parecen aceñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos. No quiero decir que las mudan de en uno en otro ser realmente, sino que lo parece, corno lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas.

En esto, el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó a caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba a embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos de ellos con varas largas a detenerle; y como salían enharinados y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes, diciendo:

—¡Demonios de hombres!, ¿dónde vais? ¿Venís desesperados, que queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas?

—¿No te dije yo, Sancho —dijo a esta sazón don Quijote—, que habíamos llegado donde he de mostrar a do llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro, mira cuántos vestiglos se me oponen, mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos... Pues ¡ahora lo veréis, bellacos!

Y, puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó a amenazar a los molineros, diciéndoles:

—Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrío a la persona que en esa vuestra fortaleza o prisión tenéis oprimida, alta o baja, de cualquiera suerte o calidad que sea, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado “el Caballero de los Leones” por otro nombre, a quien está reservada por orden de los altos cielos el dar fin felice a esta aventura.

Y diciendo esto echó mano a su espada y comenzó a esgrimirla en el aire

MARCO JACOBO TORRES COVA (11 AÑOS), TLAXCALA, TLAXCALA

contra los molineros, los cuales, oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas a detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas.

Púsose Sancho de rodillas, pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco y dar con don Quijote y con Sancho al través en el agua; pero vínole bien a don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces, y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso a entrambos, allí había sido Troya para los dos.

Puestos, pues, en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con

una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor.

Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, a quien habían hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y, viéndole roto, acometieron a desnudar a Sancho y a pedir a don Quijote se lo pagase; el cual, con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo a los molineros y pescadores que él pagaría el barco de bonísima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela a la persona o personas que en aquel su castillo estaban oprimidas.

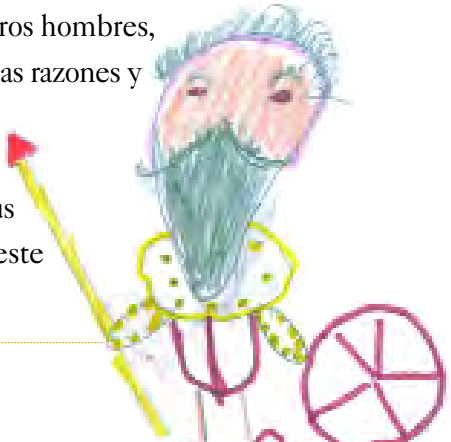
—¿Qué personas o qué castillo dices —respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen a moler trigo a estas aceñas?

—¡Basta! —dijo entre sí don Quijote—, aquí será predicar en desierto querer reducir a esta canalla a que por ruegos haga virtud alguna, y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco y el otro dio conmigo al través. Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas, contrarias unas de otras. Yo no puedo más. Y alzando la voz prosiguió diciendo, y mirando a las aceñas —Amigos, cualesquiera que seáis, que en esa prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita. Para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura.

En diciendo esto, se concertó con los pescadores y pagó por el barco cincuenta reales, que los dio Sancho de muy mala gana, diciendo:

—A dos barcadas como éstas, daremos con todo el caudal al fondo.

Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender a do se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decía; y teniéndolos por locos les dejaron y se recogieron a sus aceñas, y los pescadores a sus ranchos. Volvieron a sus bestias, y a ser bestias, don Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.



La aventura de la cabeza encantada

Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse.

Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano a don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no había otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenía, sobre la cual estaba puesta, al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo:

—Ahora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno y está cerrada la puerta, quiero contar a vuestra merced una de las más raras aventuras, o, por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que a vuestra merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

—Así lo juro —respondió don Quijote—, y aun le echaré una losa encima para más seguridad,

ADRIANA GARCÍA MEJÍA
11 AÑOS, GUANAJUATO, GUANAJUATO

Fragmentos tomados de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.

FRIDA FERNANDA MUÑOZ ESTRADA (6 AÑOS), BENITO JUÁREZ, D.F.

porque quiero que sepa vuestra merced, señor don Antonio —que ya sabía su nombre—, que está hablando con quien, aunque tiene oídos para oír, no tiene lengua para hablar; así que con seguridad puede vuestra merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mío y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio.

—En fe de esa promesa —respondió don Antonio—, quiero poner a vuestra merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme a mí algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos.

Suspenso estaba don Quijote, esperando en qué habían de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano don Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo:

—Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder

a cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos y, finalmente, la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuestra merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde.

Admirado quedó don Quijote de la virtud y propiedad de cabeza, y estuvo por no creer a don Antonio, pero por ver cuan poco tiempo había para hacer la experiencia no quiso decirle otra cosa sino que le agradecía el haberle descubierto tan gran secreto (…).

(…) Otro día le pareció a don Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con don Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habían molido a don Quijote en el baile, que aquella propia noche se habían quedado con la mujer de don Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenía, encargóles el secreto y díjoles que aquél era el primero día donde se había de probar la virtud de la tal cabeza encantada. Y si no eran los dos amigos de don Antonio, ninguna otra persona sabía el busilis del encanto, y aun si don Antonio no se le hubiera descubierto primero a sus amigos, también ellos cayeran en la admiración en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada.

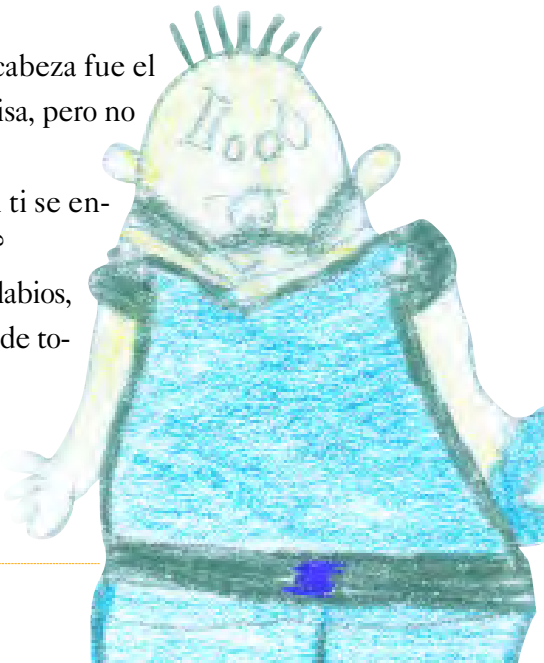
El primero que se llegó al oído de la cabeza fue el mismo don Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida:

—Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra: ¿qué pensamientos tengo yo ahora?

Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fue de todos entendida, esta razón:

—Yo no juzgo de pensamientos.

Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el apo-



sento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese.

—¿Cuántos estamos aquí? —tornó a preguntar don Antonio. Y fuele respondido por el propio tenor, paso:

—Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos y dos amigas de ella, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre.

¡Aquí sí que fue el admirarse de nuevo, aquí sí que fue el erizarse los cabellos a todos de puro espanto! Y apartándose don Antonio de la cabeza dijo:

—Esto me basta para darme a entender que no fui engañado del que te me vendió, ¡cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza! Llegue otro y pregúntele lo que quisiere.

Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fue una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fue:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? Y fuele respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más —dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera y dijo:

RICARDO SALAS PINEDA (8 AÑOS), CUAJIMALPA, D.F.

ADRIANA GARCÍA MEJÍA (11 AÑOS), GUANAJUATO, GUANAJUATO

—Querría saber, cabeza, si mi marido me quiere bien o no. Y respondiéronle:

—Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo:

—Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque, en efecto, las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace.

Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y preguntóle:

—¿Quién soy yo? Y fuele respondido:

—Tú lo sabes.

—No te pregunto eso —respondió el caballero—, sino que me digas si me conoces tú.

—Sí conozco —le respondieron—, que eres don Pedro Noriz.

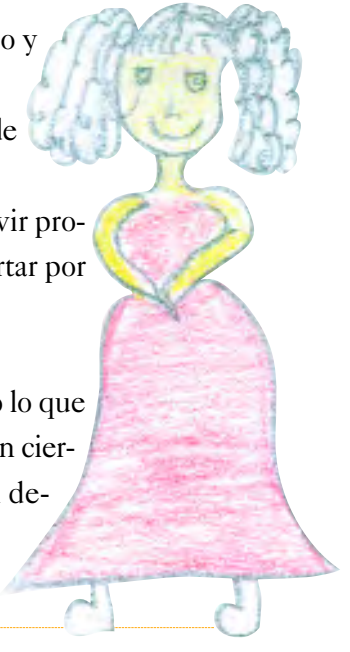
—No quiero saber más, pues esto basta para entender, ¡oh cabeza!, que lo sabes todo. Y, apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle:

—Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?

—Ya yo he dicho —le respondieron— que yo no juzgo de deseos, pero, con todo eso, te sé decir que los que tu hijo tiene son de enterrarte.

—Eso es —dijo el caballero—: lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo.

Y no preguntó más. Llegóse la mujer de don Antonio y dijo:



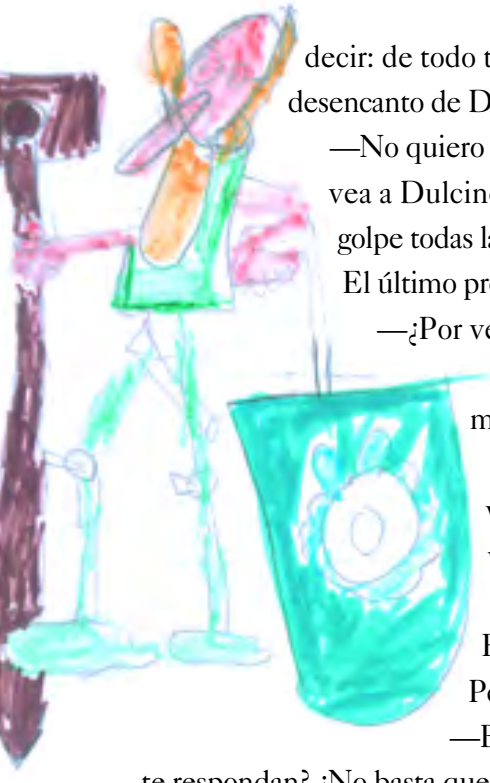
—Yo no sé, cabeza, qué preguntarte; sólo querría saber de ti si gozaré muchos años de buen marido. Y respondiéronle:

—Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.

Llegóse luego don Quijote y dijo:

—Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad, o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

—A lo de la cueva —respondieron—, hay mucho que



decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

—No quiero saber más —dijo don Quijote—, que como yo vea a Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.

El último preguntante fue Sancho, y lo que preguntó fue:

—¿Por ventura, cabeza, tendré otro gobierno? ¿Saldré de la estrecheza de escudero? ¿Volveré a ver a mi mujer y a mis hijos? A lo que le respondieron:

—Gobernarás en tu casa; y si vuelves a ella, verás a tu mujer y a tus hijos; y dejando de servir, dejarás de ser escudero.

—¡Bueno par Dios! —dijo Sancho Panza—. Esto yo me lo dijera: no dijera más el profeta Perogrullo.

—Bestia —dijo don Quijote—, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan a lo que se le pregunta?

—Sí basta —respondió Sancho—, pero quisiera yo que se declarara más y me dijera más.

Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio que el caso sabían. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo creyendo que algún hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba, y, así, dice que don Antonio Moreno, a imitación de otra cabeza que vio en Madrid fabricada por un estampero, hizo ésta en su casa para entretenerse y suspender a los ignorantes. Y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenía era de lo mismo, con cuatro garras de águila que de él salían para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecía medalla y figura de emperador romano, y

ADRIANA GARCÍA MEJÍA | 11 AÑOS | GUANAJUATO, GUANAJUATO

de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente, que ninguna señal de juntura, se parecía. El pie de la tabla era asimismo hueco, que respondía a la garganta y pechos de la cabeza, y todo esto venía a responder a otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podía ser visto. En el aposento de abajo correspondiente al de arriba se ponía el que había de responder pegada la boca con el mismo cañón, de modo que, a modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo y de abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante, agudo y discreto, fue el respondiente, el cual estando avisado de su señor tío de los que habían de entrar con él en aquel día en el aposento de la cabeza, le fue fácil responder con presteza y puntualidad a la primera pregunta; a las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente. Y dice más Cide Hamete: que hasta diez o doce días duró esta maravillosa máquina, pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenía en su casa una cabeza encantada, que a cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase a los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso a los señores inquisidores, le mandaron que lo deshiciese y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más a satisfacción de don Quijote que de Sancho.

ADRIANA GARCÍA MEJÍA
11 AÑOS, GUANAJUATO, GUANAJUATO

Don Quijote, el caballero de los leones

Esta es la aventura de don Quijote y el león.

El león viajaba en una jaula chiquita y por lo tanto incómoda.

La leona también.

El Sol les daba mucho calor.

La tierra entraba por todos lados, les ensuciaba el pelo y los bigotes...

¡Y la leona estaba sin cepillo!

—¿Está enojada la leona? —preguntó el león.

—¡Sí, estoy muy enojada! ¿Y usted?

—Yo también. Este viaje es un fastidio. ¡Como todos nuestros viajes!

El conductor del carro, en cambio, viajaba mucho mejor que los leones. Y mucho mejor todavía viajaba el cuidador de los leones. Iba sentado sobre almohadones con una sombrilla amarilla y verde.

A don Quijote la sombrilla le pareció una señal maravillosa. ¡Sombrilla y aventura venían juntas para él!

¡Casi con toda seguridad, era una aventura enjaulada!

—¿A dónde va este carro con jaulas? ¿De quién es?

—Preguntó muy serio don Quijote desde encima de su caballo Rocinante—. ¡Seguro que está encantado!

VÍCTOR DANIEL HERNÁNDEZ SALORIO | 11 AÑOS|, LA PAZ, B.C.S.

Fragmento tomado de: *Don Quijote. Caballero de los leones*, en "Cuentos de Polidoro", Libros del Rincón, CONAFE/SEP/Salvat, México 1988.

—Este carro —contestó el conductor —, que no está encantado ni mucho menos, es mío. Y lo llevo a la corte del rey.

—¿A la corte del rey?

—Sí, tengo que entregar allí dos feroces leones.

—¿Dos leones? —interrumpió Sancho Panza, el gordo escudero de don Quijote—. Y... ¿son muy grandes?

—¡Uy! —exclamó el cuidador de los leones—. ¡Son enormes! ¡Son los leones más grandes de toda España y de toda África también! A Sancho le dieron muchas ganas de echar a correr. Pero a don Quijote le dieron muchas ganas de quedarse porque...

—¿Conque grandes, no? ¿Conque nunca vistos, eh? ¡Por más encantados que estén, a mí no me asustan! ¡Soltadlos! —ordenó.

El conductor del carro y el cuidador de los leones, a quien también podemos llamar leonero, no entendían, pero trataban de comprender. Y, por

DIANA RAMÍREZ EGUIARTE (8 AÑOS), ÁLVARO OBREGÓN, D.F.

JANIK MURUETA LÓPEZ (10 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO

supuesto, pensaron una sola cosa: que aquel señor estaba loco. Y más lo pensaron cuando lo vieron con una armadura de cartón, un yelmo herrumbrado, una lanza casera y aquel nombre tan, pero tan raro, de don Quijote de la Mancha. Sancho se vio en la obligación de explicarles de qué se trataba.

A veces los escuderos están para eso, y Sancho era un buen escudero.

—Mi amo, señores, se llama don Quijote de la Mancha. Es un caballero andante, de los mejorcitos que hay. —Calló un ratito y siguió diciendo—: Como estos dos leones son, según él lo cree, dos magos disfrazados, peleará con ellos.

—¡Eso nunca! —chillaron el conductor y el leonero a coro—. ¡Nos comerán a todos sin excepción! Toda esta conversación le gustó muchísimo al león.

—Empiezo a divertirme —pensó, espiando por una rendijita de su jaula. La leona no se dio por enterada.

ANA LAURA VÁZQUEZ ROJAS (12 AÑOS), TEHUIXTLA, MORELOS

VÍCTOR DANIEL HERNÁNDEZ SALORIO (11 AÑOS), LA PAZ, B.C.S.

Dormía y soñaba que se estaba bañando en una laguna de la selva. Y eso le gustaba mucho.

El leonero no se animaba a abrir la puerta, pero Don Quijote se había puesto tan cargante, que decidió hacerlo, si bien tomando antes una buena precaución: subirse al techo de la jaula.

Sancho y el conductor, mientras tanto, se habían escondido en una lomita.

—¡Ah, qué lindo! ¡Un poco de aire fresco! —rugió el león asomando su cabezota fuera de la jaula. El leonero creyó que rugía de descontento. El dueño del carro creyó que rugía de rabia.

AMAYRANI FRANCO CHÁVEZ (10 AÑOS), COSAMALOAPAN, VERACRUZ

CARLOS ALFONSO SÁNCHEZ GONZÁLEZ (9 AÑOS), HERMOSILLO, SONORA

Sancho Panza creyó que rugía de hambre.¡Y don Quijote creyó que rugía de miedo ante su presencia!

—¡A pelear! —lo invitó reciamente.

—¡No me gusta pelear! —volvió a rugir el león.

—¡Si te das por vencido sin intentar la lucha, me llamaré desde hoy en adelante el Caballero de los Leones! —le dijo don Quijote.

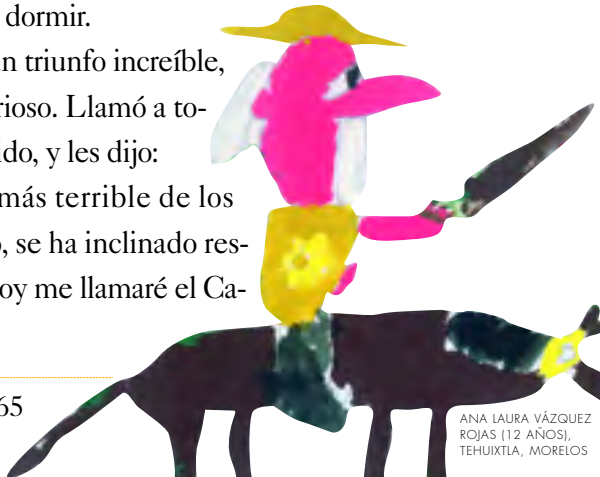
—Y además te perdonaré la vida —agregó generosamente.

El león no entendió ni jota de todo aquel discurso de don Quijote.

Pero tampoco siguió rugiendo, porque se le había irritado la garganta con tanta tierra. Así es que se despidió con un gran bostezo de aburrimiento, dio la espalda a todos y se dejó caer a dormir.

A don Quijote aquello le pareció un triunfo increíble, un triunfo sin límites, un triunfo glorioso. Llamó a todos los demás, que se habían escondido, y les dijo:

—Ya ven que ante mi figura, el más terrible de los leones que existen se ha acobardado, se ha inclinado respetuosamente. ¡Por lo tanto, desde hoy me llamaré el Caballero de los Leones!



ANA LAURA VÁZQUEZ ROJAS (12 AÑOS), TEHUIXTLA, MORELOS

Barataria.

Los juicios de Sancho Panza

A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno labrador y el otro de sastre, porque traía unas tijeras, y el sastre dijo:

—Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo, tanteando el paño, le respondí que sí; él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinele el pensamiento y díjele que sí y él, caballero en su dañada y primera intención, fue añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas, y ahora en este punto acaba de venir por ellas: yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es todo esto así, hermano? —preguntó Sancho.

—Sí, señor —respondió el hombre—; pero hágale vuestra merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

Fragmentos tomados de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha,* edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.

ERICK SEGOVIA HERNÁNDEZ (6 AÑOS), BIBLIOTECAS DEL DIF, MÉXICO, D.F.

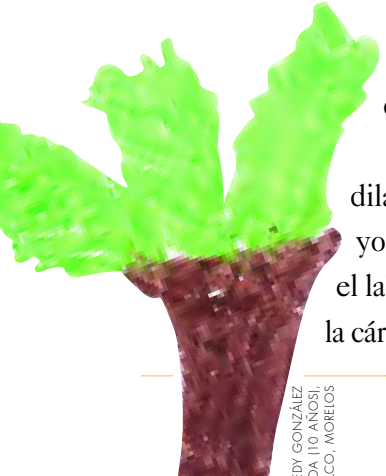
—De buena gana —respondió el sastre.

Y sacando encontinente la mano de bajo del herreruelo mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo:

—He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso a considerar un poco, y dijo:

—Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón; y así, yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.



DY GONZÁLEZ
DA (10 AÑOS),
CO, MORELOS

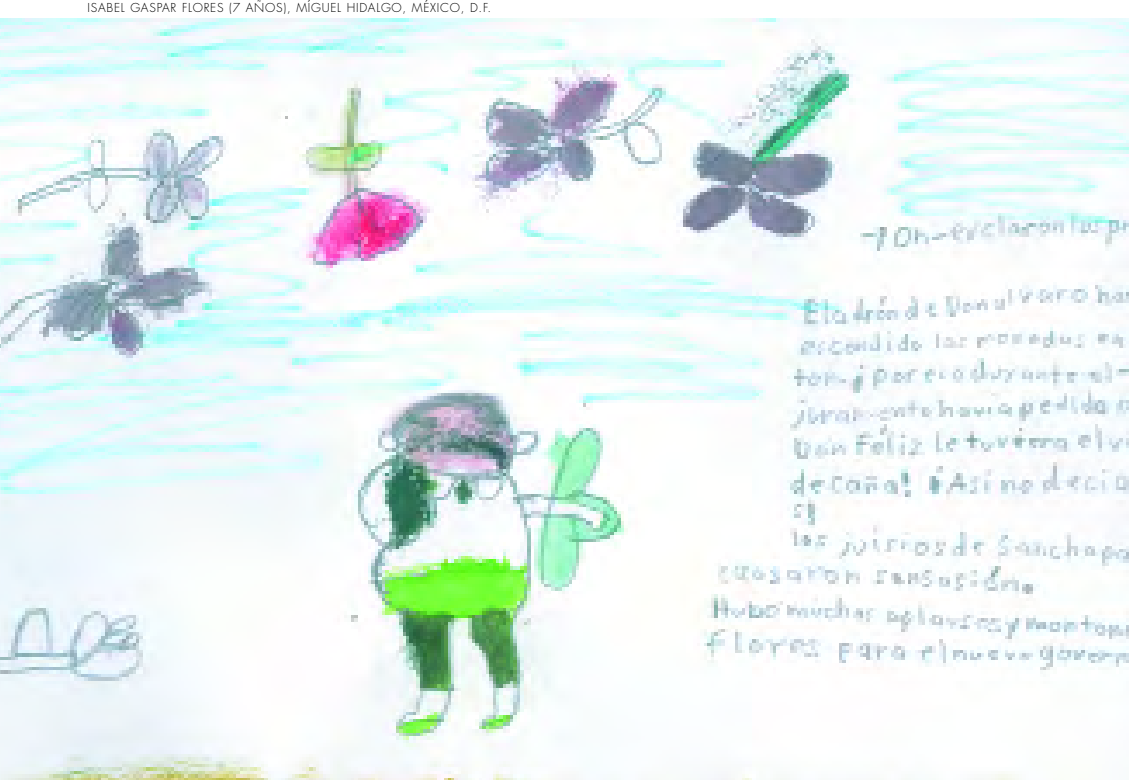
Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió a admiración a los circunstantes, ésta les provocó a risa; pero, en fin, se hizo lo que mandó el gobernador. Ante el cual se presentaron dos hombres ancianos; el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese. Pasáronse muchos días sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los preste, que ya me los ha vuelto. Yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto. Querría que vuestra merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? —dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

ISABEL GASPAR FLORES (7 AÑOS), MIGUEL HIDALGO, MÉXICO, D.F.



CIBELES TORRES TORTOLERO
18 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO

—Yo señor, confieso que me los prestó, y baje vuestra merced esa vara; y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y, en tanto, el viejo del báculo dio el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador, preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó a tomar su báculo el deudor y, bajando la cabeza, se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho y, poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

— De muy buena gana —respondió el viejo—: hele aquí, señor.

Y púsosele en la mano. Tomóle Sancho, y, dándosele al otro viejo, le dijo:

Andad con Dios, que ya vais pagado.

¿Yo, señor? —respondió el viejo—. Pues ¿vale esta cañaheja diez escudos de oro?

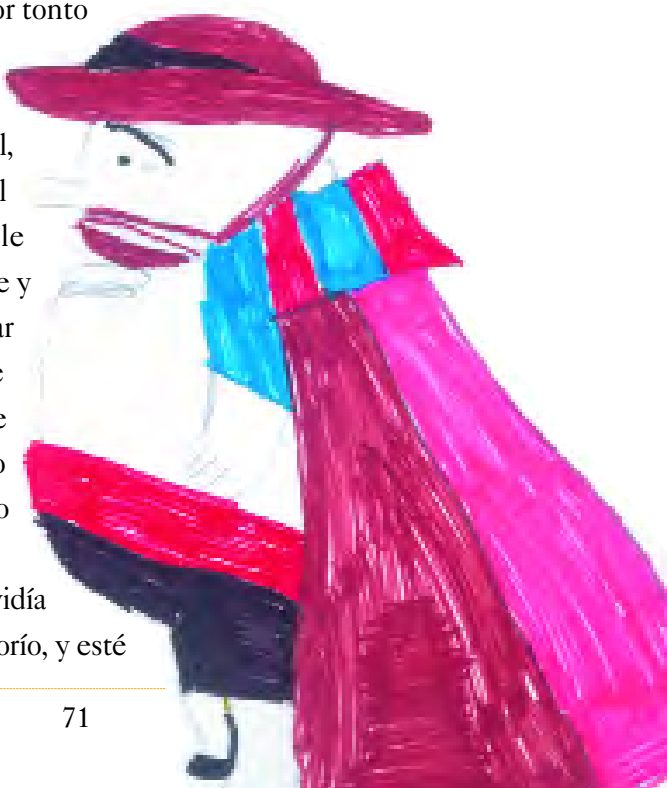
—Sí —dijo el gobernador—, o, si no, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí, delante de todos, se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro; quedaron todos admirados y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón.

Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro de él estaba la paga de lo que pedían. De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto o por discreto.

*

… padecía hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecía el gobierno, y aun a quien se le había dado; pero con su hambre y con su conserva se puso a juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes a todo el mayordomo y los demás acólitos, que fue:



—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté

vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo de ella una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: "Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna". Sabida esta ley y la rigurosa condición de ella, pasaban muchos, y en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: "Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre". Pídese a vuestra merced, señor gobernador, qué harán los jueces del tal hombre, que aún hasta ahora están dudosos y suspensos, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito.

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

BRIZEDY GONZÁLEZ FIGUEROA (10 AÑOS), TEACALCO, MORELOS

— A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: el tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira y por la misma ley merece que le ahorquen.

— Así es como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—; y cuanto a la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora —replicó Sancho— que de este hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador —replicó el preguntador— será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide,

por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella.

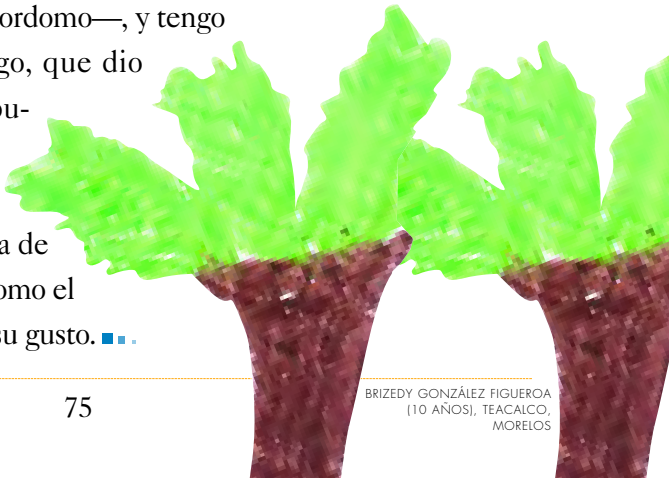
—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—; este pasajero que decís, o yo soy un porro, o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil las razones de condenarle o asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal. Y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera

KATERINE CORNISH MENDOZA (7 AÑOS), TOLUCA, ESTADO DE MÉXICO

ULISES GUADALUPE DURÁN GUZMÁN (11 AÑOS), SAN SEBASTIÁN, JALISCO

firmar, y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador de esta ínsula, que fue que cuando la justicia estuviese en duda me decantase y acogiese a la misericordia, y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

—Así es —respondió el mayordomo—, y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dio leyes a los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado. Y acábese con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy a su gusto.



BRIZEDY GONZÁLEZ FIGUEROA (10 AÑOS), TEACALCO, MORELOS

Los dos regidores

Sabrán vuestras mercedes que en un lugar que está cuatro leguas y media de esta venta sucedió que a un regidor de él, por industria y engaño de una muchacha criada suya, y esto es largo de contar, le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo:

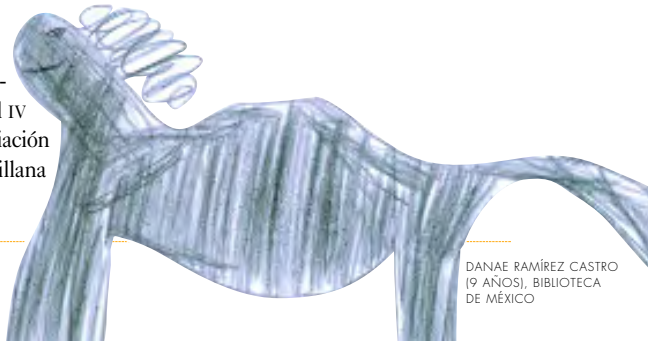
—Dadme albricias, compadre; que vuestro jumento ha parecido.

—Yo os las mando, y buenas, compadre —respondió el otro—, pero sepamos dónde ha parecido.

—En el monte —respondió el hallador—, le vi esta mañana, sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión mirarle. Quísele antecoger delante de mí y traérosle, pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué a él, se fue huyendo y se entró en los más escondido del monte. Si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa; que luego vuelvo.

—Mucho placer me haréis —dijo el del jumento—, y yo procuraré pagároslo en la mesma moneda.

Fragmentos tomados de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha,* edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.



DANAE RAMÍREZ CASTRO (9 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

BRIZEDY GONZÁLEZ FIGUEROA (10 AÑOS), TEACALCO, MORELOS

Con estas circunstancias todas, y de la misma manera que lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad de este caso. En resolución, los dos regidores, a pie y mano a mano, se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto al otro:

—Mirad, compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte, y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluido.

DAMARIS ARCE LARA (10 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

LEYRE CASTILLEJOS LEAL (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

—¿Algún tanto decís, compadre? —dijo el otro—. Por Dios, que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mismos asnos.

—Ahora lo veremos —respondió el regidor segundo—, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte.

A lo que respondió el dueño del jumento:

—Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio.

MARIS ARCE LARA (10 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

Y, dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando que ya el jumento había parecido, y en viéndose, dijo el perdidoso:

—¿Es posible, compadre, que no fue mi asno el que rebuznó?

—No fue sino yo —respondió el otro.

—Ahora digo —dijo el dueño— que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar; porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

LAISHA ZAACK CARRILLO (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

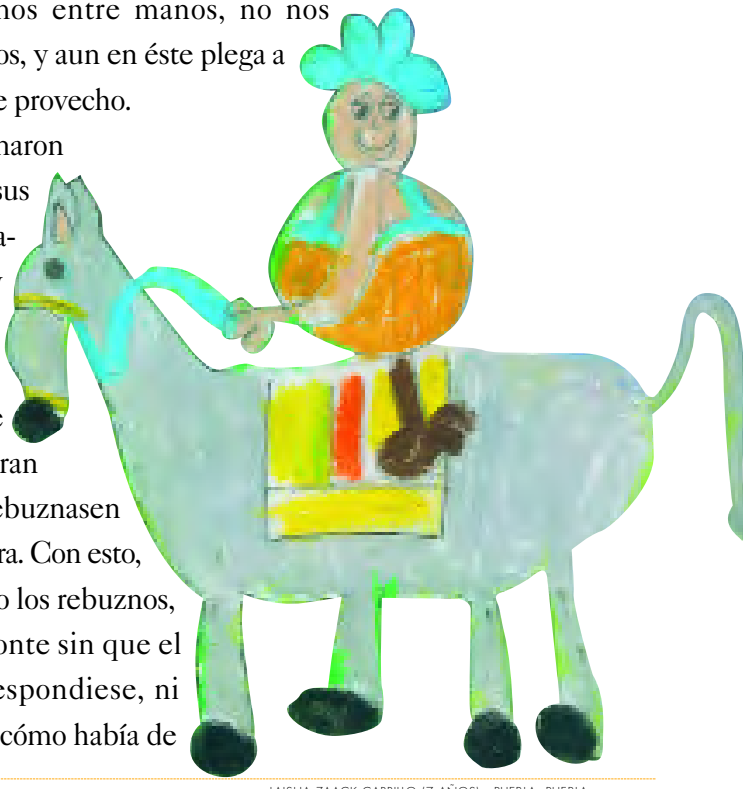
—Esas alabanzas y encarecimiento —respondió el de la traza— mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre, que por el Dios que me crió que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo: porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de la voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados, y, en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera de esta rara habilidad.

—Ahora digo —respondió el dueño— que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís.

—También diré yo ahora —respondió el segundo— que hay raras habilidades perdidas en el mundo y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.

—Las nuestras —respondió el dueño—, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en éste plega a Dios que nos sean de provecho.

Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseño que para entender que eran ellos, y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿cómo había de



LAISHA ZAACK CARRILLO (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole, dijo su dueño:

—Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

—En buena mano está, compadre —respondió el otro—, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.

Con esto, desconsolados y roncos se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos. Y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de no nada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznase, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de en uno en otro pueblo de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado a tanto la desgracia de esta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza Yo creo que mañana o es otro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está a dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y éstas son las maravillas que dije que os había de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras.

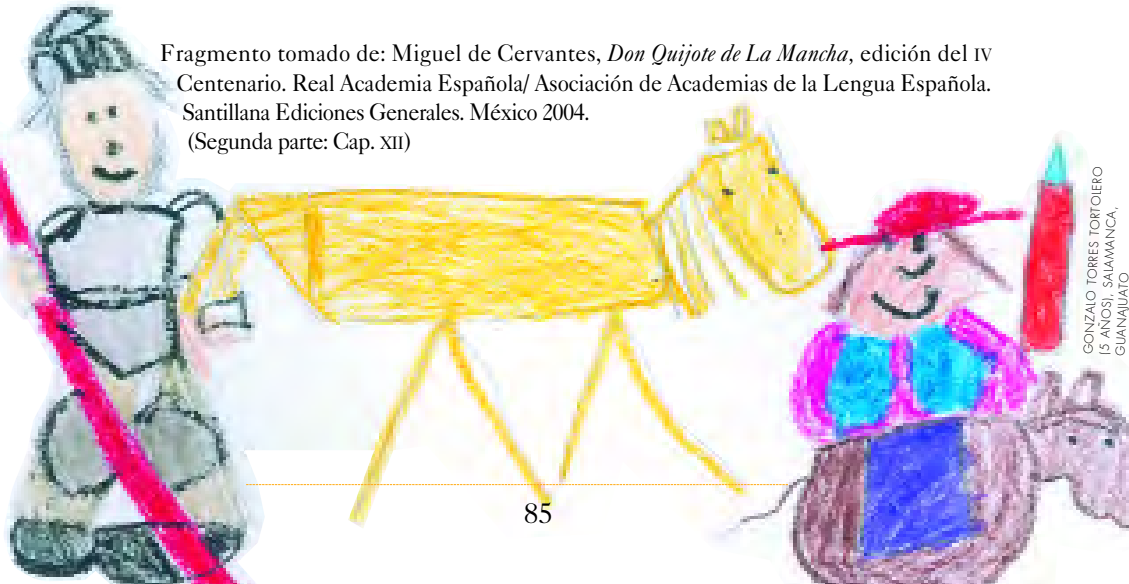
LAISHA ZAACK CARRILLO
(7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

De la amistad del Rucio y Rocinante

En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche y a Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decía cuando quería dormir, y, desaliñando al rucio, le dio pasto abundoso y libre. No quitó la silla a Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que, en el tiempo que anduviesen en campaña o no durmiesen debajo de techado, no desaliñase a Rocinante: antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero quitar la silla al caballo, ¡guarda! Y así lo hizo Sancho, y le dio la misma libertad que al rucio, cuya amistad de él y de Rocinante fue tan única y tan trabada, que hay fama, por tradición de padres a hijos, que el autor de esta verdadera historia hizo particulares capítulos de ella, mas que, por guardar la decencia y deco-

CÉSAR GONZÁLEZ AMARO
11 AÑOS), CASAHUATLÁN, MORELOS

Fragmento tomado de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.
(Segunda parte: Cap. XII)

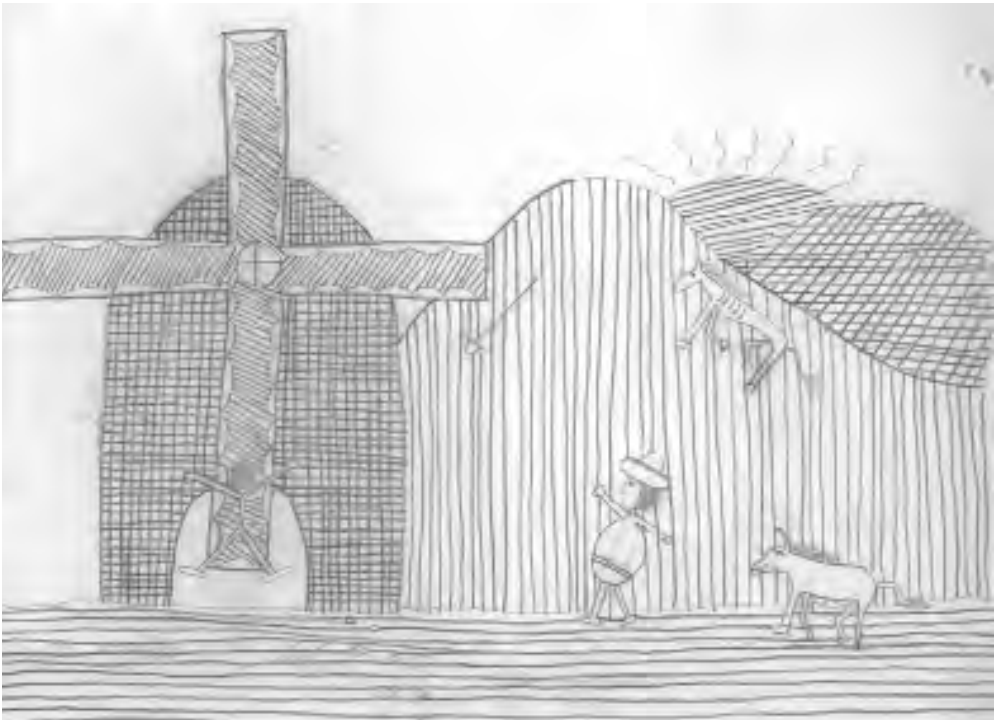


GONZALO TORRES TORTOLERO
(5 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO

ESTEFANÍA BAUTISTA ZENTENO (6 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA

ro que a tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida de este su prosupuesto y escribe que así como las dos bestias se juntaban, acudían a rascarse el uno al otro, y que, después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio (que le sobraba de la otra parte más de media vara) y, mirando los dos

AHTZIRI ELIZABETH GUDIÑO SALCEDO (11 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO

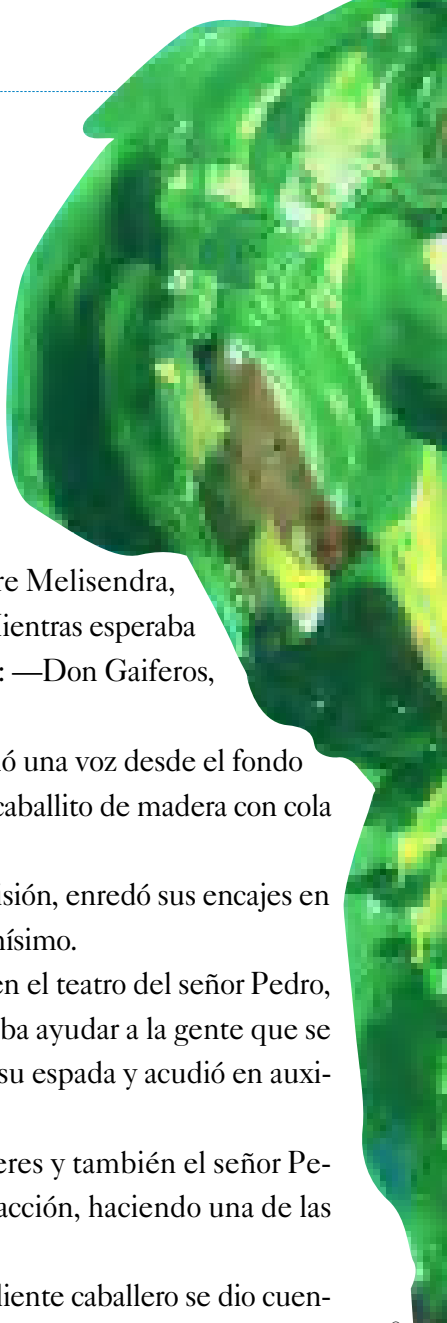


GLORIA GUADALUPE SÁNCHEZ (11 AÑOS), GUADALUPE, ZACATECAS

atentamente al suelo, se solían estar de aquella manera tres días, a lo menos todo el tiempo que les dejaban o no les compelía la hambre a buscar sustento. Digo que dicen que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad a la que tuvieron Niso y Eurílalo, y Pílades y Orestes; y si esto es así, se podía echar de ver, para universal admiración, cuan firme debió ser la amistad de estos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos a los otros.

LAURA KAREN TELLES LUNA (10 AÑOS), TLAXCALA, TLAX.

El retablo de maese Pedro



Y allí fueron don Quijote y Sancho Panza, a pasar un buen rato con los títeres. En el teatro vieron y oyeron a la títere Melisendra, que estaba prisionera en una torre. Mientras esperaba y espiaba a lo lejos, Melisendra decía: —Don Gaiferos, mi marido, ¿cuándo vendrás a rescatarme?

—¡Aquí estoy, inolvidable Melisendra! —clamó una voz desde el fondo del escenario. Y apareció Don Gaiferos sobre un caballito de madera con cola de paja.

Melisendra, con la prisa por escaparse de su prisión, enredó sus encajes en el balcón y se quedó colgada. Sancho se reía muchísimo.

Pero don Quijote, olvidándose de que estaba en el teatro del señor Pedro, y recordando que una ley de caballería le ordenaba ayudar a la gente que se encuentra en apuros, sea donde sea, desenvainó su espada y acudió en auxilio de la desamparada Melisendra.

En menos de un minuto, todo el teatro de títeres y también el señor Pedro, volaron por el aire. ¡Don Quijote estaba en acción, haciendo una de las suyas!

Después de trastornarlo y destruirlo todo, el valiente caballero se dio cuenta de que se había enojado con enemigos de trapo: ¡con títeres! Sancho se rio bastante. Pero no mucho, porque tuvo que pagar para reparar los daños causados por su amo.

Fragmento tomado de: *Don Quijote el caballero de los leones*, en "Cuentos de Polidoro", Libros del Rincón, CONAFE/SEP/Salvat, México 1988.

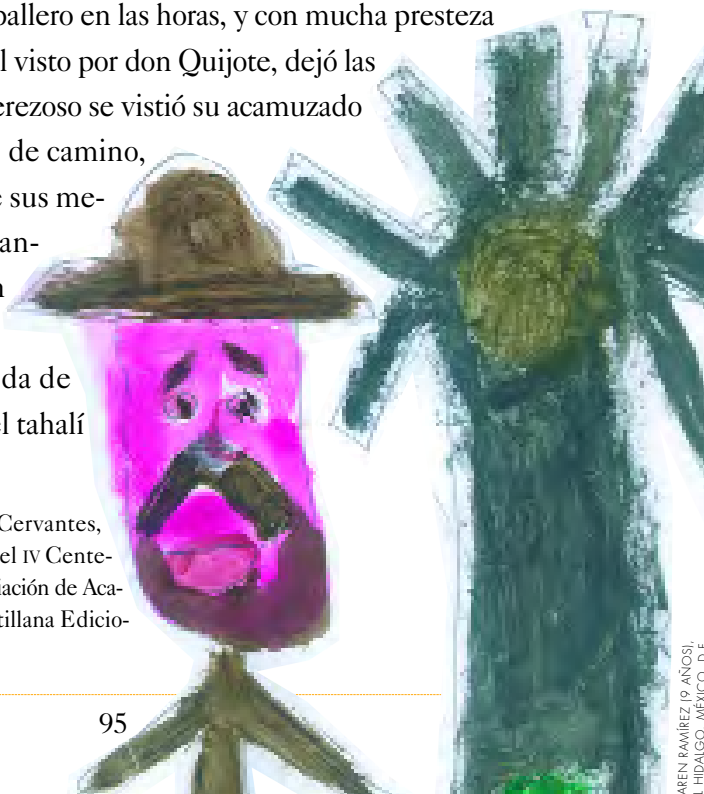
BALLESTEROS CARDOZO (8 AÑOS), DURANGO, DURANGO

El susto de los cencerros y los gatos

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le habían causado la música de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y, como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias. Pero como es ligero el tiempo y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana, lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas y nonada perezoso se vistió su acamuzado vestido y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias; arrojóse encima su mantón de escarlata y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahalí

Fragmento tomado de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.



AREN RAMÍREZ (9 AÑOS), L HIDALGO, MÉXICO, D.F.

SERGIO DENISSE PACHECO ALONSO (7 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contoneo salió a la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y corno esperándole. Y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vio a don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas y con gran presteza la iba a desabrochar el pecho. Don Quijote que lo vio, llegándose a ellas dijo:

—Ya sé yo de qué proceden estos accidentes.

—No sé yo de qué —respondió la amiga—, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ¡ay! en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos. Váyase vuestra merced, señor don Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que vuestra merced aquí estuviere.

A lo que respondió don Quijote:

—Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere a esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados.

Y con esto se fue, porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora dijo a su compañera:

—Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya.

Fueron luego a dar cuenta a la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote, y ella, alegre sobremodo, concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se había venido el día, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote. Y la duquesa aquel día real y verdaderamente despachó a un paje suyo —que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea— a Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza y con el lío de ropa que había dejado para que se le enviase, encargándole le trújese buena relación de todo lo que con ella pasase.

Hecho esto y llegadas las once horas de la noche, halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templóla, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

MARÍA GUADALUPE HERNÁNDEZ ORTIZ (11 AÑOS), MEXICALI, B.C.

—Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros
y los que en la corte andan
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.
Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partirse acaban.
El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.
Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.
Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.
La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros
y a sí mismo los levanta.

JOSÉ AUGUSTO ÁLVAREZ MENA (9 AÑOS), MACUSPANA, TABASCO

Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos que asimismo traían cencerros menores atados a las colas. Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado. Y quiso la suerte que dos o tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte a otra parecía que una región de diablos andaba

BRANDON G. PACHECO ALONSO (9 AÑOS), BIBLIOTECA DE MÉXICO

en ella: apagaron las velas que en el aposento ardían y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba; la mayor parte de la gente del castillo, que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada.

Levantóse don Quijote en pie y, poniendo mano a la espada, comenzó a tirar estocadas por la reja y a decir a grandes voces:

—¡Afuera, malignos encantadores! ¡Afuera, canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones!

Y volviéndose a los gatos que andaban por el aposento les tiró muchas cuchilladas. Ellos acudieron a la reja y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó a dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron a su estan-

cia y, abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces y vieron la desigual pelea; acudió el duque a despartirla, y don Quijote dijo a voces:

—¡No me le quite nadie! ¡Déjenme mano a mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré a entender de mí a él quién es don Quijote de la Mancha!

Pero el gato, no curándose de estas amenazas, gruñía y apretaba; mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó don Quijore acribado el rostro y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrín encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido y, al ponérselas, con voz baja le dijo:

—Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega a Dios que se le olvide a Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú lo goces, ni llegues a tálamo con ella, a lo menos viviendo yo, que te adoro.

A todo esto no respondió don Quijote otra palabra si no fue dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo a los duques la merced, no porque él tenía temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido a socorrerle. Los duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla: que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera a don Quijote aquella aventura, que le costó cinco días de encerramiento y de cama…

Don Quijote cayó malo

De cómo don Quijote cayó malo y del testamento que hizo y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero.

Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una écloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos fa-

Fragmento tomado de: Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004.

ÁNGEL AARÓN TÉPOZ RODRÍGUEZ

mosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.

Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado, pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas: tanto, que pensaron el ama y la sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho y, dando una gran voz, dijo

—¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío y parecieronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle:

—¿Qué es lo que vuestra merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

—Las misericordias —respondió don Quijote—, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los

detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que, puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos, al cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio don Quijote, cuando dijo:

MARGARITA VELÁZQUEZ PIMENTEL (6 AÑOS), PIEDRAS NEGRAS, COAHUILA

KARLA PATRICIA PÉREZ RODRÍGUEZ (11 AÑOS), IZTAPALAPA, D.F.

—Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de "bueno". Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería, ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado, y Sansón le dijo:

—¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada

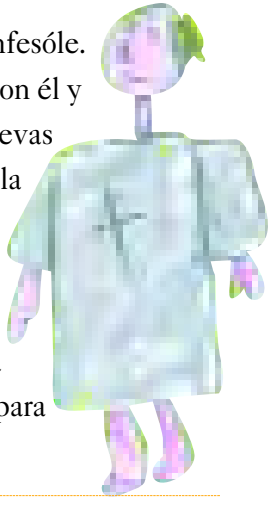
MELANY IDALIA DURÁN HERNÁNDEZ |7 AÑOS|, PIEDRAS NEGRAS, COA

la señora Dulcinea, sale vuestra merced con eso? ¿Y ahora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida, como unos príncipes, quiere vuestra merced hacerse ermitaño? Calle, por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos.

—Los de hasta aquí —replicó don Quijote—, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda priesa: déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y, así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano.

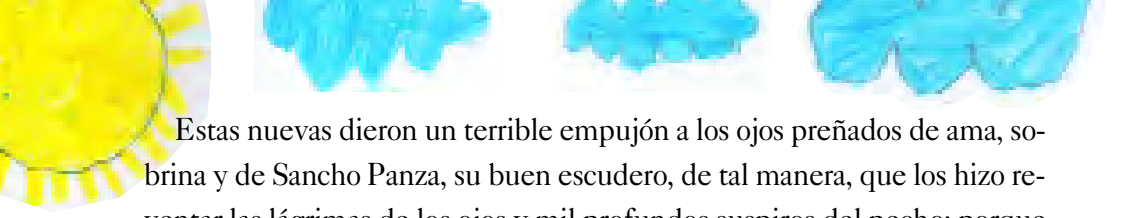
Miráronse unos a otros, admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo, porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él y confesóle. El bachiller fue por el escribano y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho, que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor, hallando a la ama y; la sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas. Acabóse la confesión y salió el cura diciendo:



MELANY IDALIA DURÁN HERNÁNDEZ |7 AÑOS|, PIEDRAS NEGRAS, COAHUILA

—Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.



Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso; Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían.

Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

—Iten, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quien que no se le haga cargo de ellos ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si, como estando yo loco fui parte para darle gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y, volviéndose a Sancho, le dijo:

— Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

— ¡Ay! —respondió Sancho llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vamonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa or-

dinaria derribarse unos caballeros a otros y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

—Así es —dijo Sansón—, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos.

—Señores —dijo don Quijote—, vamonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.

SABRINA TORRES TORTOLERO (9 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO

Identificación de imágenes

Jacobo Alonso Ramos (9 años), Monterrey, Nuevo León, p. 27
Yolanda María Álvarez Cota (8 años), La Paz, B.C. S., p. 44
José Augusto Álvarez Mena (9 años), Macuspana, Tabasco, p. 99, 101
Julio Cesar Apolonio Guerrero (10 años), Tlalpan, D.F., 14
Damaris Arce Lara (10 años) Biblioteca de México, D.F., p.48, 51, 78, 80, 94
Saúl Armenta Sánchez (9 años), Puente de Ixtla, Morelos,p. 88
Robin Ballesteros Cardozo (8 años), Durango, Dgo. ,p. 2, 90
Mónica Lizeth Barrera González (8 años), Azcapotzalco, D.F.,p. 23
Estefanía Bautista Zenteno (6 años), Puebla, Puebla, p. 86
Leyre Castillejos Leal (7 años), Puebla, Puebla, p.10, 52, 80
Lizbeth Castillo Mondragón (8 años), Biblioteca de México, p.31
Carlos Olivert Cordova Manjarrez (10 años), Puente de Ixtla, Morelos, p. 17
Mariano Cornish Mendoza (11 años), Tlanepantla, Estado de México, p. 21
Katerine Cornish Mendoza (7 años), Tlalnepantla, Estado de México, p.74
Tadeo Chánez Calderón (8 años), Mérida, Yucatán, p.102
Alejandro Chí González (10 años), Mérida, Yucatán, p.27
María Fernanda de Luna Rodríguez (9 años), Aguascalientes, Ags., portada, p.2, 7, 25, 34, 35, 36,82, 83, 97
Ulises Guadalupe Durán Guzmán (11 años), San Sebastián, Jalisco, p.75
Melany Idalia Durán Hernández (7 años), Piedras Negras, Coahuila, p. 102, 103, 107.
Diva Yanira Erives Fierro (7años), Matachi, Chihuahua, p.32
Gladys Escobar Moreno (7 años), Mexicali, B.C., p.14
Juan Carlos Espina (6 años), Puebla, Puebla, p.43
Violeta Espinola Mevía (6 años), Victoria, Guanajuato, p.41, 42, 47
Cristian Javier Estrella Balam (10 años), Chunhuhubi, Q. Roo, p.33
Amayrani Franco Chávez (10 años), Cosamaloapan, Veracruz, p.64
Fernanda Frías Tovar (5 años), Alvaro Obregón, D.F., p.50
Adriana García Mejía (11 años), Guanajuato, Guanajuato, p.53, 55, 56, 57, 58, 59
Julissa Sarahí García Peña (6 años), San Buenavista, Coahuila, 4ª de forros, p. 26, 35, 110, 111
María José García Prado (10 años), Culiacán Sinaloa, p.31
Isabel Gaspar Flores (7 años), Míguel Hidalgo, México, D.F., p.69
María Alejandra González Dzuna (8 años), Hermosillo, Sonora, p.15
Brizedy González Figueroa (10 años), Teacalco, Morelos, p.46, 67, 68, 69, 71, 73, 75, 78, 81, 108.
César González Amaro (11 años), Casahuatlán, Morelos, p.85, 88
Ahtziri Elizabeth Gudiño Salcedo (11 años), Guadalajara, Jalisco, p.86
María Fernanda Gutiérrez Aviles (5 años), La Paz, B.C.S, p.16
María Guadalupe Hernández Ortiz (11 años), Mexicali, B.C., p.1, 92, 93, 97
Víctor Daniel Hernández Salorio (11 años), La Paz, B.C.S., p.61, 64
Iván Antonio Jerónimo Juárez Vidal (8 años), M. Contreras, D.F., p.15
Ma. Fernanda Juárez Sánchez (8 años), Puebla, Puebla, p.37
Luis Javier López Torres (9 años), Huimilpan, Querétaro, p.24, 29, 37, 38, 53
Wendy Vanderley Lugo Montoya (10 años), Aguascalientes, Ags., p.4
Jorge Eduardo Martínez Jiménez (10 años) Jiutepec, Morelos, p.76
Danziri Samantha Martínez Reza (9 años), Aguascalientes, Ags., p.40
Katia Mayela Montemayor Cantú (11 años), Monterrey. Nuevo León, p.13

Aketzali Morales Vega (10 años), Tultitlan, Estado de México, p.16
Itzel Marilí Moreno Montejo (10 años), Campeche, Campeche, p.3, 71
Frida Fernanda Muñoz Estrada (6 años), Benito Juárez, D.F., p.54
Janik Murueta López (10 años), Guadalajara, Jalisco, p.61, 63, 101
Jaely Narváez González (9 años), Macuspana, Tabasco, p.13
Viridiana Nava Frías (12 años) Alvaro Obregón, D.F., p.41
Nelly Amirany Navarrete Caro (8 años) Santa Barbara, Chihuahua, p.15, 51
Damaris Azael Nolasco Rojas (10 años), Alvaro Obregón, D.F., p.45
María de Jesús Ocaña Pineda (6 años), Puebla, Puebla, p.30
Brandon G. Pacheco Alonso (9 años), Biblioteca de México, p.100
Sergio Denisse Pacheco Alonso (7 años), Biblioteca de México, p.96
Jonathan Guadalupe Pech León (8 años), Chicxulub Puerto, Yucatán, p.13
Ivonne Pérez Martínez (10 años), Miguel Hidalgo, D.F., p. 20. 112
José Armando Pérez Morales (11 años), Tula, Hidalgo, p.98
Vanessa Yazmin Pérez Pérez (12 años) Guadalajara, Jalisco, p.8, 23
Karla Patricia Pérez Rodríguez (11 años), Iztapalapa, D.F., p.106
Tania Libertad Pinto Gutiérrez (11 años), Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, p.87
Jazmín Arely Porra Salcido (11 años), Mexicali, B.C., p.20
Francisco Javier Quijada Imperial (11 años), Mexicali, B.C., p.39
Jorge Luis Quirarte Álvarez (11 años), Mexicali, B.C., p.5, 84
Ana Karen Ramírez (9 años), Miguel Hidalgo, México, D.F., p.95
Danae Ramírez Castro (9 años), Biblioteca de México, p.77
Diana Ramírez Eguiarte (8 años), Álvaro Obregón, D.F., p. 62
Lizeth Ramírez Gutiérrez (10 años), Mexicali, B.C., p.90
Jorge Alejandro Ramírez Zambrano (7 años), Puebla, Puebla, portada, p.12, 29
Miranda Ríos Cabrera (9 años), Hermosillo, Sonora, p.19
Marugenia Rivera Olvera (11 años), Celaya, Guanajuato, p.32
Margarita Rivero Aguayo (9 años), Mexicali, B.C., p.17
Adriana Cristina Rodríguez Coronel (12 años), Culiacán, Sinaloa, p.28, 29, 33, 34, 38, 53
Carlos Daniel Rodríguez Romellon (11 años), Campeche, Campeche, p.58
Imelda Elvira Román Arriaga (9 años), Celaya, Guanajuato, p.18
Juan Antonio Rosado Guzmán (7 años), Cosamaloapan, Veracruz, p.26
Xóchitl Ruiz Melgarejo (9 años), Álvaro Obregón, D.F., p.14
Ricardo Salas Pineda (8 años), Cuajimalpa de Morelos, D.F.p.22, 55, 57
Carlos Alfonso Sánchez González (9 años), Hermosillo, Sonora, p.65
Rolando Sánchez Torres (12 años), Tlaxcala, Tlaxcala, p.42
Gloria Guadalupe Sifuentes (12 años), Guadalupe, Zacatecas, p.89
Erick Segovia Hernández (6 años), Bibliotecas del DIF, México, D.F., p.68
Giaddiani Soriano Chávez (7 años), Puebla, Puebla, p.30
Bianca Valeria Suárez González (11 años), Guadalajara, Jalisco, p.22
Laura Karen Telles Luna (10 años), Tlaxcala, Tlax., p.85, 89
Ángel Aarón Tépoz Rodríguez (10 años), Iztapalapa, D.F., p.104
Marco Jacobo Torres Cova (11 años), Tlaxcala, Tlaxcala, p.49
Cibeles Torres Tortolero (8 años), Salamanca, Guanajuato, p.66, 70
Gonzalo Torres Tortolero (5 años), Salamanca, Guanajuato, p.85
Sabrina Torres Tortolero (9 años), Salamanca, Guanajuato, p.109
José Iván Vázquez Durán (10 años), Piedras Lisas Huimilpan, Querétaro, p.79
María José Vasquez Ruiz (6 años), Azcapotzalco, D.F., p.11, 18
Ana Laura Vázquez Rojas (12 años), Tehuixtla, Morelos, p.6, 60, 63, 65, 72
Margarita Velázquez Pimentel (6 años), Piedras Negras, Coahuila, p.105
Eduardo Villanueva Escobar (10 años), Miguel Hidalgo, D.F., p.19
Laisha Zaack Carrillo (7 años), Puebla, Puebla, p.81, 82, 83
Mariana Zamora Díaz (10 años), Saltillo, Coahuila, p.46

SECRETARÍA DE CULTURA

Rafael Tovar y de Teresa
Secretario de Cultura

Francisco Cornejo Rodríguez
Secretario Ejecutivo

Saúl Juárez Vega
Secretario Cultural y Artístico

Jorge von Ziegler
Director General de Bibliotecas

Relatos y estampas fascinantes: El Quijote para niños

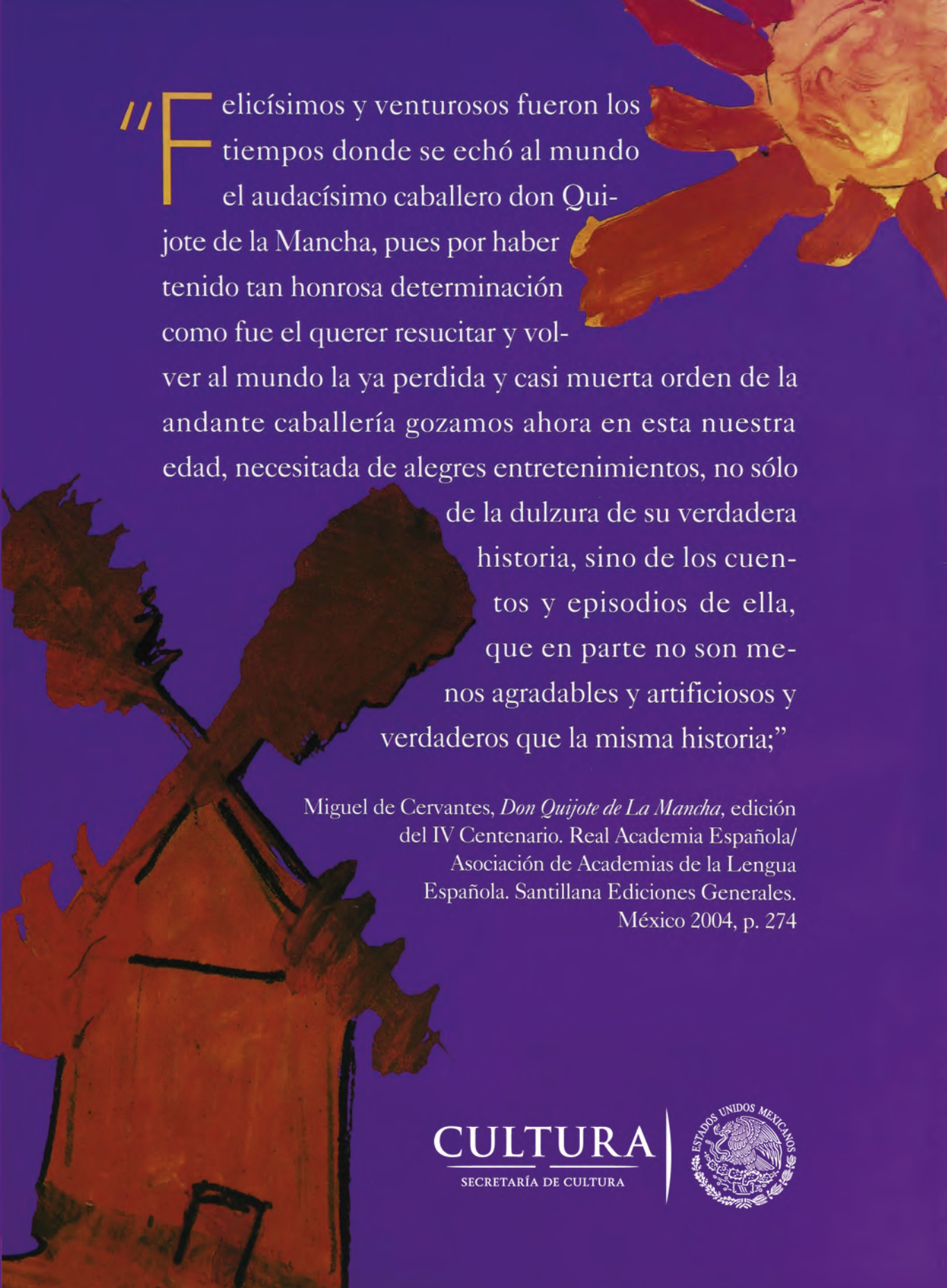
Natalia Rojas Nieto
Diseño y Formación

Virginia Sáyago Vergara
Producción

Relatos y estampas fascinantes:

El Quijote para niños

Se terminó de imprimir en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), en octubre de 2016. La edición consta de ocho mil ejemplares.



"Felicísimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación como fue el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios de ella, que en parte no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia;"

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del IV Centenario. Real Academia Española/ Asociación de Academias de la Lengua Española. Santillana Ediciones Generales. México 2004, p. 274

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS